

NEW LEFT REVIEW 82

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE OCTUBRE 2013

ARTÍCULOS

MARCO D'ERAMO	El populismo y la nueva oligarquía	7
VICTOR SERGE	Cuadernos mexicanos	41
KIRILL MEDVEDEV	Contra la poesía privatizada	118
JOHN HOWE	Prototipo Boulevard	141
ALAIN SUPIOT	Grandeza y miseria del Estado social	157

ENTREVISTA

WANG BING	La tierra cambiante	177
-----------	---------------------	-----

CRÍTICAS

TONY WOOD	La imagen material	199
ANDERS STEPHANSON	Los tipos duros	207
ESTHER LESLIE	Proyectar el imperio	216

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

CRÍTICA

John Phillip Short, *Magic Lantern Empire: Colonialism and Society in Germany*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2012, 232 pp.

ESTHER LESLIE

PROYECCIONES DEL IMPERIO

John Phillip Short concluye su meticuloso estudio de la cultura colonial alemana con una descripción de un espectáculo de linterna mágica en Baviera en 1891. Una serie de panorámicas enlazadas mediante fundidos encadenados nos presentan vistas de la isla de Zanzíbar y del paisaje de África Central. En este juego de iluminación, la luz se desliza lentamente y sale de una imagen para entrar en la siguiente, de modo que, de un modo perfecto, mágico, una nueva imagen se resuelve ante nuestros ojos en el lugar de la anterior. El espectáculo de linterna mágica se anuncia como instructivo. Proyecta, para edificación de los espectadores, los «más novedosos resultados de la empresa colonial en África Central», basados en los «informes auténticos» de los exploradores Emin Pasha y el Doctor Carl Peters, así como del Comisario Imperial Comandante Hermann von Wissmann.

Se invocaban destacadas autoridades para testimoniar el valor educativo de la muestra, pero la instrucción no era el único resultado. Short nos transmite el brillo y el atractivo de las placas de la linterna mágica. El espectáculo es cautivador; juega con la magia de la aparición y de la desaparición. Nos acerca las colonias distantes, que parpadean ante nuestros ojos. Pero, temblorosas sobre la pantalla, su apariencia es aún quimérica, inalcanzable, apenas tangible. Las visiones se materializan y se deshacen como los sueños. Esta viñeta define los parámetros de este intrincado libro: el espectáculo de linterna mágica opera como una imagen dialéctica del conocimiento y del hechizo. Los públicos de finales del siglo XIX en Alemania aparecen como

los objetos del conocimiento colonial. Hay que enseñarles «crudos hechos» sobre las tierras lejanas que se han convertido en su preocupación, o mejor dicho, en la preocupación del capital alemán, porque son el terreno en el que el Segundo Imperio comercia y su fuente de materias primas. Pero esos mismos públicos son también sujetos, y el aspecto subjetivo de adquirir conocimiento sobre qué es el Imperio implica una inmensa tarea de soñar y fantasear sobre tierras atrayentes y remotas, en las que abundan en igual medida los placeres más extraños y los peligros más inesperados.

Otros ejemplos que aporta Short dividen las funciones del conocer y del hechizar de una forma más estricta. Algunos de los agentes implicados en la comunicación de las ideas del Imperio y de las colonias alemanas del sur y del oeste de África entre las décadas de 1870 y 1910 eran buscavidas, otros eran oficiales del gobierno, unos eran figuras religiosas y otros simples entusiastas. Igualmente amplio era el espectro de las ideas mediadoras y de los intereses representados en cada una de sus comunicaciones. Para algunos las colonias eran un objeto de conocimiento científico. Había que penetrar en los secretos del Continente Oscuro. El colonialismo se concebía como una serie de cuestiones de agronomía, geografía, medicina tropical, etnografía, la cuestión obrera colonial y materias de economía nacional. La discusión sobre estos temas tenía lugar en veladas a las que asistían caballeros de posibles, que podían reunirse para discutir el futuro de los negocios alemanes en Kiaochow o para sopesar las implicaciones que tendría para la economía alemana el cultivo del caucho en Camerún. Había que alcanzar el conocimiento y expurgar el mito y la fantasía. Hombres de serias intenciones maquinaron estrategias para la difusión del sobrio conocimiento en las escuelas, universidades y academias comerciales. Sobre esta base, avanzaban los negocios y los intereses de la nación.

Para otros, sin duda para la mayoría, las colonias eran seductoras, exóticas, escandalosas y atractivamente incognoscibles. Visiones coloridas, aterradoras y fascinantes de las colonias llegaban al público por mediación de empresarios que organizan espectáculos ambulantes. En dichos espectáculos aparecían *collages* de objetos curiosos: instrumentos de navegación junto a cañones; mariposas y escarabajos gigantescos junto a ejemplos de materias primas, armas, joyería ceremonial, trajes nativos y artesanía. A veces los seres humanos formaban parte de la exhibición. En los espectáculos etnográficos se montaba un poblado nativo, con sus moradas características (o versiones aproximadas de estas), herramientas y armas típicas y los animales con los que aquellos hombres y mujeres solían compartir sus vidas. Grupos humanos ponían en escena un despliegue de habilidades, rituales y ceremonias, bailes y músicas, luchas y escenas de caza. A veces estaban muy erotizados, y prometían sacerdotisas y fetiches, masas de mujeres, desnudez, ornamentos exóticos, escarificaciones e hijos de reyes «de pura raza»

con cuerpos bien formados. Eran como dioramas en vivo, pero no se atenían a los hechos, eran un invento sensacionalista, un «gran guiñol racial». Short los califica de proveedores de «conocimiento carnavalesco».

Un conocimiento colonial de otro tipo no oficial surgía de los portales, de las tabernas y de los sacos de la vulgar mercancía de los vendedores ambulantes. Grabados y postales baratas con títulos atrayentes se vendían en las tabernas y en las terrazas. El punto álgido del colonialismo alemán coincidió con la emergencia de un mercado de masas del libro. Se desarrolló una extensa literatura sobre el colonialismo, y Short traza un mapa exhaustivo de la literatura que vehiculaba la educación y ocio colonial. Toma en consideración las colecciones de las bibliotecas públicas, las de las bibliotecas socialistas, las de las fábricas y los salones de lectura. Ha consultado un estudio sobre los hábitos de lectura de los obreros que llevó a cabo un bibliotecario de Dresde en 1910 y que muestra que, de cada cincuenta lectores proletarios, una quinta parte de ellos lee libros sobre exploraciones en África. El amplio espectro de la literatura colonial incluye novelas subidas de tono, relatos de la vida en las misiones, narraciones de viaje, revistas y literatura de divulgación científica. Aquí el conocimiento, la fantasía, el espectáculo, la moralidad y la propaganda se entremezclan de formas diversas. Diferentes agencias de la derecha y la izquierda política quisieron categorizar esta literatura popular bien como dañina o bien como digna de confianza. Los baratos panfletos de ficción, que se vendían por millones puerta a puerta o junto al mostrador del tabaco, llevaron hasta la clase obrera industrial libros con portadas estridentes y títulos como *Marfil negro del Camerún* o el quizá algo excesivo, *El príncipe Tuan, el emperador secreto de China* o *El envenenador de Pekín: el destino de una chica alemana en la tierra de las maravillas china, una novela escandalosa chino alemana*. El canibalismo era un tema popular en las más vulgares novelas de a céntimo, mientras que las revistas ilustradas, que vendían los buhoneros y que circulaban en las fábricas colocaban pigmeos y otras «curiosidades» humanas en sus páginas. Abundaban en ellas los indicios de sacrificios y violencia. Short denomina «etnográfico-fantástica» a este tipo de apropiación e ilustra su forma visual con un grabado del templo de las serpientes de Waida, procedente del libro de Richard Oberländer *Westafrika vom Senegal bis Benguela*, publicado en 1878. Es una visión escabrosa. Nativos semidesnudos se entrelazan en la oscuridad con serpientes sibilantes, mientras que un oficial de la colonia, con los brazos cruzados, uniforme y una larga espada en su costado mira como si procediera de otro mundo.

Tal y como Short lo relata, se entabló un forcejeo entre los que consideraban el imperio como una parte esencial de un mundo modernizado y globalizado por los flujos comerciales (y a principios del siglo XX aquí se incluía el Partido Socialdemócrata, tanto los oponentes al colonialismo

como sus partidarios) y los que sacaban provecho de presentar una imagen de las posesiones coloniales como unas tierras exóticas y distantes en las que se podía vivir (o imaginar) una vida muy diferente. Con todo esto no quiere decir que la apropiación popular del imperio fuera sencillamente una apropiación fantasiosa, impulsada por el deseo y la repulsión, mientras que el caballero burgués se adhería contundentemente a la racionalidad económica de la expansión imperialista. Short nos pinta bastantes cuadros de figuras educadas e integradas en el sistema que jugueteaban con las fantasías dramáticas de movilizar el Imperio para respaldar sus propósitos de venganza contra el populacho. Algunos consideran las colonias como un potencial vertedero para una clase obrera rebelde o degenerada, mezclando en cierto sentido los fantasmas de la política nacionalista con la pragmática de la lucha de clases. El colonialista sajón Ernst von Weber advertía de la necesidad de una «exportación en masa de la yesca revolucionaria» al sureste de África, señalando directamente a cuarenta millones de proletarios en Alemania cuyas «titánicas fuerzas espirituales y físicas amenazan el desarrollo normal de la cultura humana aquí en Europa». De la misma forma, el propagandista colonial Friedrich Fabri, director de la Sociedad Misionera Barmen Rhine, argumentaba en un panfleto ampliamente distribuido y titulado *¿Necesita colonias Alemania?* que las leyes antisocialistas de 1878 se habían quedado cortas y sugería, presuntamente con un cierto grado de ironía, que una isla adecuada, quizá llamada Utopía (aunque en realidad fuera una colonia penitenciaria), podría adjudicársele a los nacientes *communards* alemanes. Su programa de felicidad universal podría ponerse en práctica allí y demostrarse. Para lograrlo, sin embargo, Alemania necesitaría posesiones adecuadas y, en opinión de Fabri, aún no tenía suficientes. Por el contrario, Short no lee las aspiraciones de la clase obrera a un lugar bajo el ardiente sol del Imperio como simples sueños irracionales de una vida nueva y lánguida en condiciones totalmente diferentes. Cita extensamente cartas enviadas por hombres y mujeres de clase obrera y de clase media baja a la Oficina Colonial, al Ministerio de Exteriores o directamente al Kaiser. Estas cartas articulan el deseo de empezar una nueva vida en las colonias como una aspiración al aburguesamiento. Dependientas, artesanos y mecánicos subrayan sus talentos (sastrería, plancha, peluquería, mecanografía, agricultura) y explican cómo les darían un uso adecuado en África. Por ejemplo, un tejedor se muestra como un capitalista en potencia, dispuesto a explotar el potencial beneficio de la mano de obra africana. Los redactores de estas cartas solicitan préstamos para poder hacer el viaje. Inquietos y aburridos, se sienten perdidos en la sociedad alemana. Creen en poner su oficio «al servicio de nuestra amada patria alemana». Para Short, estas cartas conmovedoras, que de manera inexperta expresan el deseo de escapar de las difíciles condiciones personales o económicas en el país, nos muestran

destellos de individuos de clase baja operando, no como objetos de la propaganda sino como sujetos, como agentes que activamente desean participar en el desarrollo económico.

Esto es el colonialismo popular y se desarrolla, afirma, independientemente del «entusiasmo organizado de las clases superiores». Así tiene que ser: un argumento central del libro es que las agencias oficiales del conocimiento colonial y del movimiento colonial organizado no tenían el menor interés en incluir a las clases bajas en sus reuniones y discusiones. Las sociedades coloniales regionales no invitaban a miembros de la clase obrera a participar en sus reuniones. Oficiales, funcionarios y hombres de negocios constituían la mayoría de los asistentes, junto a un escaso número de funcionarios de bajo rango, taberneros u otros oficios menores. Se dirigían a las clases bajas únicamente en tanto que objetos de propaganda, o no se dirigían a ellas en absoluto. En este sentido, las cartas que suplican ayuda para el despliegue en ultramar indican un determinado tipo de pensamiento autónomo en relación con el Imperio. Los redactores de estas cartas no serán admitidos, por supuesto, pues no tienen capital y su fuerza de trabajo es superflua. Las colonias tienen suficiente mano de obra, africana, supervisada por algún que otro europeo, que los posee como se posee el capital. Como señalaba en 1908 el industrial y político Walther Rathenau:

No tenemos derecho, y además va en contra de nuestros intereses, a inducir a parte de nuestra población nativa a expatriarse con el propósito de formar un proletariado blanco en un protectorado, para hacer allí el trabajo que en otras colonias habitualmente recae en los nativos y para el que, por razones climáticas y étnicas, están ellos mejor cualificados.

En cualquier caso, como lo atestiguan las copiosas discusiones, allí donde se produjeron los asentamientos de alemanes corrientes se confirmaron los peores temores de los colonialistas burgueses. Los asentamientos en torno a Windhoek terminaron en una cadena de fracasos, pleitos y empobrecimiento. Los periódicos hablaron de una colonia echada a perder por el alcoholismo, donde jóvenes alemanas trabajaban como prostitutas para los soldados coloniales. El mestizaje entre los colonos era la horrible visión que habían denunciado entidades como la Asociación de África Protestante, así como la prensa popular, redactada en el lenguaje de la degeneración y del racismo biológico. Mejor no exportar alemanes si es que la germanidad iba a peligrar. El deber de las clases bajas era, más bien, experimentar el imperio en casa, manufacturando bienes a partir de sus materias primas: el aceite de palma, el sisal, el caucho, el cuerno de antílope, las plumas de avestruz, las maderas preciosas, la copra y el nácar. O debían ser los entusiastas consumidores de los grandes flujos de mercancías tropicales que tenían su origen en ultramar: ropa interior

de algodón, semillas de cacao, plátanos, arroz, vainilla, coral, rubíes de África del Este, tabaco del Camerún, enrollado en las fábricas alemanas y orlado con los nombres de los grandes exploradores alemanes.

Lo que fascina a Short son las distintas formas, según los acentos de clase, en las que se indica el atractivo del imperio. Analiza las distintas instituciones y agencias del conocimiento colonial: la sociedad colonial dirigida por políticos y expertos, que proporcionaban oradores y colecciones de láminas para las reuniones de las sociedades regionales; los grupos coloniales, orientalistas y geográficos que organizaban conferencias en las ciudades alemanas de provincias; las sociedades religiosas interesadas en el trabajo misionero de ultramar; las autoridades académicas de la Escuela de Lenguas Orientales; los tipos de dudosa reputación que manejaban los panoramas, los espectáculos de linterna mágica, las ferias ambulantes y los museos de cera; las exposiciones comerciales de 1896 y 1897; las tiendas de artículos coloniales y las exposiciones y los museos etnográficos. ¿Cuáles eran las ideas que se propagaban sobre el imperio en cada una de estas entidades y a beneficio de quiénes se promocionaban? ¿Qué papel tuvo la cultura basura de las novelas de céntimo y las galerías de monstruos a la hora de conformar las ideas sobre las colonias de los hombres y mujeres, artesanos y obreros alemanes? ¿Quién se quedaba para soñar sobre su propia expansión colonial? ¿Cómo cambiaron estas ideas a lo largo de los años de la aventura colonial? ¿Qué se veía y que se supone que debía verse en una escena como esta, de diciembre de 1885, en la capital imperial, Berlín? El nuevo protectorado alemán de Camerún aparece en un paisaje; un panorama colonial, una pintura envolvente bajo la luz, que muestra un cielo lustroso, plataneros y palmeras y un navío alemán que ataca, caza, hiere y mata a los rebeldes negros. ¿Qué tipo de identificación y objetivación se producía en las exposiciones etnográficas, en las que se apartaba de su hogar a hombres, mujeres y niños para llevarlos a vivir dentro de un remedo de ese hogar en el interior de un jardín zoológico de una de las grandes ciudades alemanas? Short presenta muchísimos ejemplos, todos ellos resultado de una extensa búsqueda en archivos regionales y nacionales. Ha escrutado más de treinta periódicos y revistas del periodo colonial para averiguar las diferentes maneras en las que el Imperio se representaba, desde el más discreto anuncio de una feria o de una reunión hasta los extensos informes oficiales sobre el comercio colonial. El efecto es un espectáculo cegador con vistas encadenadas mediante fundidos: aquí vemos a los hombres de Estado y a los expertos imponiendo una visión del imperio como terreno comercial; aquí vemos a los obreros arrebatados por las visiones eróticas de los habitantes desnudos de Togo; aquí vemos los sueños fantásticos de la clase dirigente de exportar su «problema social» o su «excedente de población» a las colonias; allí vemos a los obreros que

sueñan con recibir los beneficios de la explotación colonial. Todos gustan de los embriagadores frutos del Imperio: café, cacao, tabaco, té, y así sus corazones, mentes y tripas quedan atrapados en la actualidad del Imperio.

Si *Magic Lantern Empire* tiene una tesis central, que compendia todas estas facetas es esta: el descubrimiento colonial fue una herramienta para gestionar la política de masas y una forma de incluirlo todo dentro de la racionalidad de un mundo de flujos comerciales. La burguesía deseaba desarrollar una esfera pública, que mediaría por sus intereses en el Imperio. Y esa esfera pública continuó siendo burguesa y masculina. Obreros, artesanos, mujeres, «los carentes de educación y de buenas maneras» no estaban invitados a unirse y, por lo tanto, se creó la posibilidad de que florecieran otras formas de apropiación del Imperio, comerciales, fantasiosas, «paletas», a las que Short concede el honor de llamarlas «la esfera pública plebeya». Entre ellas estaban incluso las anticolonialistas, en lo que denomina un «contrapúblico». Un aspecto importante del libro se ocupa del papel de los socialistas (SPD). Durante la mayor parte de este periodo, la postura del SPD, que ejercía una enorme influencia sobre los trabajadores, fue resueltamente anticolonial. Los socialistas denunciaban la futilidad, la crueldad y la corrupción del Imperio y exponían el mito de un «bien común». Short nos filtra una conversación registrada por un espía de la policía en un bar de Hamburgo en 1904, en un momento en el que había revueltas y guerras en el sureste africano: dos obreros se quejan de que se pierdan vidas por causa de un «desierto sin valor» y lamentan que tan pocos alemanes se hayan movilizado en las manifestaciones de protesta. Pero a principios del siglo XX, el compromiso socialista con una política anticolonialista se puso en peligro, si no por las bases, sí sin duda por algunos de sus líderes más destacados.

Short dedica un capítulo a las llamadas Elecciones Hotentotes de 1907 y traza el mapa de las posturas cambiantes de la socialdemocracia contra el telón de fondo de una guerra genocida contra los pueblos Herero y Nama. No nos revela casi nada nuevo sobre estas revueltas, ni de hecho sobre las condiciones de los africanos y otros sujetos de las colonias lejanas, su libro es estrictamente un estudio de la experiencia alemana. Hacia el final del siglo XIX, los colonialistas empezaron a incluir a los obreros en su discurso sobre el Imperio, convenciéndolos de que sus trabajos dependían de las importaciones, buscando el provocar su entusiasmo ante las nuevas mercancías coloniales que ahora podían consumir, gracias a los salarios en alza, y tratando de llegar a grupos como las asociaciones de veteranos y los sindicatos «amarillos», afines a las empresas, como los de Siemens. Mientras las revueltas en África engendraban la gran crisis colonial de 1904-1906, las autoridades desplegaron un renovado énfasis en la difusión del conocimiento imperial. Se agitó entonces por primera vez el entusiasmo de

las masas por la guerra y por la misión colonial contra los salvajes sedientos de sangre. El año de las elecciones conoció una descarga inusitada de propaganda, en forma de obras de teatro, *tableaux vivants*, panfletos y conferencias, basadas en el patriotismo y la unidad nacional y dirigidas a los obreros. El resultado fue un retroceso del SPD y un estímulo adicional para el colonialismo. Sin embargo, incluso cuando representantes con prestigio del ala derecha del partido, como Eduard Berstein, Gustav Noske y Richard Calwer, impusieron su defensa «socialista» del imperio –promocionando lo que pronto llegaría a conocerse como «socialimperialismo»– el partido continuó siendo «absolutamente anticolonialista» en los estratos locales y, en algunos lugares, como en la fortaleza de Leipzig, donde Franz Mehring dirigía la prensa del partido, condenaron abiertamente a Berstein, Calwer y a otros «oportunistas y revisionistas de la cuestión militar y de la política colonial».

Short explora la intensidad con la que los obreros fueron atraídos en aquellos años a la retórica y a los partidos procoloniales. Lo que le interesa sobre todo es la idea de que todas las obras de la cultura popular y de la política de masas desde 1870 en adelante han actuado «gradualmente» para iniciar a las clases trabajadoras en la «modernidad mercantil capitalista» y en los discursos de progreso. Se produjeron acciones anticoloniales a gran escala, como fue el caso de las masivas manifestaciones obreras en respuesta a la segunda crisis marroquí de 1911, pero el sueño de un futuro colonial se convirtió en una enorme atracción, contra el fondo de una inminente guerra entre los imperios europeos y la aquiescencia de los líderes del SPD, que habían perdido su «garra política» y se habían rendido «a los axiomas económicos del discurso colonial». El colonialismo estaba más o menos integrado en el tejido de la vida cotidiana alemana, como en lo que Short llama «un discurso colonial más sutil y sinuoso desarrollado y reflejado en el revisionismo y en la llamada ineluctable del conocimiento colonial, un discurso que penetraba en todas las clases».

En consecuencia, Short censura los análisis contemporáneos marxistas del imperialismo, en los que el fervor imperialista de la clase obrera se presentaba como el resultado de una «manipulación desde arriba», como una corrupción de la mente proletaria por un imperialismo que intentaba presentar la idea nacional como opuesta a la división de clases. Esta visión, argumenta, ignora la reproducción de las divisiones de clase dentro de las propias agencias coloniales y también implica que los agentes de ese discurso no estaban a su vez conformados por él. Ni a la inversa, mantiene, las masas eran sencillamente indiferentes al Imperio: se dedica a tabular cuantos ejemplos de fascinación encuentra. El discurso progresista de la modernidad colonial no fue una imposición desde fuera, sino algo que más bien se «insinúa» dentro de la socialdemocracia, de tal forma que una figura clave como Noske puede «adoptar directamente el discurso colonial en un sentido socialista renovado». El colonialismo lo empapaba todo. Short cita el lenguaje de Rudolf Hilferding

y Rosa Luxemburg y afirma que su razonamiento bordea el pensamiento imperial: en la frase «el capital es un conquistador del mundo y con cada nuevo país que conquista hay nuevas fronteras que cruzar» (Hilferding) ve un reflejo del discurso de los panfletos del Comité Económico Colonial; y señala que la afirmación de Luxemburg de que «el proceso de acumulación, elástico y espasmódico como es, requiere inevitablemente de un acceso libre a cada vez nuevas áreas de materias primas en caso de necesidad» está atravesada por la misma lógica del colonialismo.

Son estas unas estocadas críticas y tendenciosas, diseñadas para respaldar la noción que sostiene Short de un efecto gota a gota de la inculcación colonial, pero son unos intentos muy flojos. ¿Fue tan gradual el proceso? ¿No podría haberse establecido mediante una figura que tomamos prestada del mundo del entretenimiento óptico, y que hila todo este estudio: el *shock*? El capital aplasta el tiempo y el espacio y reescribe el mundo a su imagen, desde las colonias a los centros de poder. Esta es una experiencia que los marxistas articulan, no para respaldarla sino para poder identificarla, bocetan su funcionamiento para que se conozca, se adopte distancia frente a él y se desafie. El «sensorio humano», señalaba Walter Benjamin, es sometido, a lo largo de este período, «a un entrenamiento complejo». Nuevas formas y medios lo ejercitan en el cuerpo. La experiencia nueva de las fábricas y de los paisajes urbanos se procesa, se acomoda o se explora mediante la experiencia del *shock* en las nuevas tecnologías ópticas de la distracción.

Lo que atrae la atención de Short, sin embargo, no es este aspecto de la exposición corporal a los cambios bruscos de luz, oscuridad y perspectiva, a los zumbidos mecánicos y a la sobrecarga de los sentidos, en el trabajo y en el ocio, sino un sentido más literal de lo que se muestra en la pantalla y cómo se convierte esto en un componente de un conocimiento más o menos consciente. Insiste en una perspectiva que dé cuenta de la «agencia o experiencia autónoma de colonialistas de clase baja» y se alinea contra la perspectiva representada por los marxistas y por otros críticos, desde Hannah Arendt hasta los historiadores de la RDA, que aglutinan categorías socioeconómicas (como «capital» y «la muchedumbre») o consideran el imperialismo como una «forma de nostalgia amarga y escapista entre grupos sociales moribundos y anacrónicos», como la pequeña burguesía. Es como si, a pesar de su pronto reconocimiento de la resistencia proletaria al Imperio, deseara de alguna forma que se produjera el abrazo de las clases bajas a la visión colonialista, si acaso únicamente porque se ajusta mejor a los impulsos teóricos elaborados aquí y que van de los estudios culturales a las ideas habermasianas. Esto es un flaco consuelo en el contexto de la Gran Guerra imperialista, que estalla a lo largo del planeta y que masacró tanto a los obreros como a los súbditos coloniales un par de años después de donde lo deja este libro.